

## La Filosofía en La Magdalena, 1966-1969

### Philosophy in La Magdalena, 1966-1969

---

**José Antonio Ricondo Torre**  
(CEIP Pedro Velarde) (España)

*Escribir es un acto de amor. Si no lo es, es solo escritura*  
Jean Cocteau

#### Introducción

El olvido que ha soportado lo que significaron -y siguen significando- los estudios eclesiásticos de Filosofía de la Diócesis de Santander en las Caballerizas Reales del Palacio de La Magdalena en Santander (España), no tiene parangón. Y no lo tiene por la variable tiempo, ya que han pasado cincuenta y cinco años desde que, en 1966, abrió sus puertas ese singular edificio para albergar estos estudios que, por la diáspora forzada de todos los alumnos que allí los cursamos, hubo de cerrarlas cuando habían pasado solamente tres años desde su apertura. Al cabo de no mucho tiempo, muchos de los que cursaron allí esos estudios se convirtieron en excelentes profesionales, como médicos, maestros, profesores, abogados, sacerdotes, directores técnicos de empresa, escritores, críticos teatrales, editores, periodistas, sindicalistas, políticos, bancarios, enfermeros...

Pero, antes de empezar, debemos situar rápidamente este relato -que sí encajaría en este apartado de *Cabás* de “Relato escolar” siempre que se entienda lo de “escolar” en un sentido amplio- indicando que hasta la fecha señalada de 1966 los denominados estudios de Filosofía se estudiaban en otro edificio situado en el otro extremo de la ciudad de Santander, en concreto en Corbán, junto con los posteriores de Humanidades y de Teología, conformando todos ellos el Seminario Diocesano de Santander. La división en estas diferentes secciones obedecieron a la idea del que era por entonces el nuevo obispo de la diócesis, Vicente Puchol Montis, de ponernos bajo la tutoría y dirección de unos profesores, señalados más adelante, que tenían el objetivo de que la formación de los futuros sacerdotes que de allí salieran gozasen de una amplia visión del mundo, con una filosofía más estimable y fecunda que la tradicionalmente impartida que beneficiase y revertisese ciertamente en una Iglesia acorde con los tiempos que iban a llegar de una manera casi inopinada.

Paralela a la Filosofía que estudiamos allí, aún seguía vigente en la mayor parte de los centros similares la denominada escolástica que, en cuanto a la memoria, por ejemplo, decía que era una más de “las potencias del alma”. Nosotros aprendimos, como dice Emilio Lledó, que somos memoria y que, como es imposible retener todo, esa función cerebral surge como fruto de la transferencia y conexiones sinápticas que se repiten entre las células del cerebro. Lo cual expresa que

quiero, en este relato, despegar, pero que aún no sé de qué manera puedo aprovechar estas redes neuronales, lo que significa un camino difícil porque todo lo que se va a derivar de ahora en adelante en las líneas que siguen es fruto de la comunicación oral y, solo en mínima parte, de la escrita.

Se suele hablar del patrimonio como la herencia debida (el sufijo “monio” indica “debido”) por la pertenencia a una familia, como "lo recibido por línea paterna". Pero el patrimonio también incluye, con más poder, a la cultura, a lo inmaterial. Hablamos de una forma extensa del patrimonio cultural, de la educación, que es el motivo y pretensión de este relato porque, evidentemente, los patrimonios no se echan a perder, sino que estamos obligados a conservarlos por ley positiva o natural a las siguientes generaciones; de ahí que el relato de esos años de la educación que un grupo de jóvenes recibimos en La Magdalena -su espíritu- sea nuestro patrimonio.

Y, sin embargo, como en todo, siempre subyacen en recuerdos de esta guisa reflexiones e ideas menos felices que las de aquel primer momento, pero que renacen porque estaban latentes en nuestro interior, en nuestro magín y pensamiento. Son huellas de lo ocurrido, de nuestra lozanía e inexperiencia, de unos años de transformaciones y, también, de esos rostros dormidos de los que ahora notamos su ausencia en la lectura de estas páginas y sentimos pena y pesar por ello; cómo deseáramos poder vagar por entre los huecos, tejidos y ventrículos de nuestro cerebro. Querriamos conservar inherentes o al menos muy próximos esos vestigios, con unos horizontes suficientemente abundantes, para echarnos un cable y percibir con la máxima intensidad aquellos años dorados y memorables -hay quien ha adjetivado esos años como gloriosos-, porque solo somos la memoria que podemos aprovechar e incluso el más simple recuerdo que deseamos olvidar, y porque son acreedores de consideración y de juicio después de once lustros.

## **El origen de todo**

El curso 1966-67 fue el comienzo en el que echa a andar una experiencia y una nueva vida de unos alumnos, de un equipo directivo y de unos profesores inolvidables. Iba a cambiar para un puñado de jóvenes santanderinos diametralmente la educación, la enseñanza, las costumbres y los hábitos hasta entonces vigentes por otros todavía desconocidos en su entorno, más naturales, educativos y educadores, razonables y en progreso. Sabíamos de dónde veníamos y confiábamos en el lugar hacia el que nos dirigíamos. Y el empeño y el ánimo en el camino ya era en sí una gran ayuda, a falta de tiempo quizás para su desarrollo. Ser fedatario yo ahora en este relato de aquella experiencia tan fundamental en nuestra vida, después del tiempo transcurrido, es un riesgo, pero creo que también una necesidad.

Sí puedo dar fe, y en eso estaríamos todos los que los vivimos de acuerdo, en que los tres años de los cursos de Filosofía -en La Magdalena, en Villa Marcelina y las clases libres en la calle Rualasal número 5- nos aportaron los suficientes instrumentos y materiales de conciencia y razonamiento críticos para ayudarnos a controvertir y a objetar tanto cualquier atribución por derecho divino como todo orden construido y cimentado por las creencias. Aprendimos a pensar sin esfuerzo. Así era, porque entendiendo mejor lo que nos rodeaba, reflexionábamos mejor y éramos más afortunados. Claro está que ese espíritu nunca se quedó ahí. En más de medio siglo, ha pervivido de una

manera tal en cada uno de los que fuimos los protagonistas de aquellos tres cursos que aún hoy muchos nos seguimos viendo y coincidimos en lo que estoy diciendo.

En la relación que sigue, hemos tenido en cuenta lo que nos ha facilitado la memoria y el apoyo de los amigos. Una memoria contrastada con ellos y, puntualmente, con otros que, aunque no fueron protagonistas directos, sí conocieron las enseñanzas que recibimos en esos tres años. Sí es cierto que ha pasado mucho tiempo como para poder completar una seriación total de los alumnos de estos años. Por eso, sin intención ni desidia algunas, podremos encontrar lagunas injustas, como toda laguna u omisión. De ahí que esta información y relato sean abiertos, a expensas de que otros lo puedan completar más adelante, quizás hasta en esta misma revista. Nada puede estar cerrado. Nada que sea entrañable.

Así que decidí orbitarme en la línea o en la trayectoria de lo que significó aquel soplo de aire fresco, pudiendo estar seguro de que el último año de Filosofía allí impartido, en el curso 1968-69, fue tan denso como cualquiera de los dos que le precedieron -por mi relación anterior con muchos compañeros mayores, por mis visitas y por mi posterior estancia allí-. Por otra parte, la repercusión que siempre tuvieron esos tres años en la realidad sociopolítica de la ciudad de Santander fue más que notable -según la actual terminología clasificatoria al uso-. Sobresaliente también por el contexto cultural de la capital de Santander, que era durmiente. Podría explicarse esto último por el erial que comportaba una capital de provincia pequeña y de pocos habitantes, en donde lo más significativo en aquel año de 1966 fue su Primero de Mayo -del que luego hablaré- violento y sangriento por parte de la embestida policial, lo cual parecía toda una imagen y un simulacro de lo mismo que sucedió en la realidad socio religiosa y cultural. Aunque sea un pequeño avance de lo que voy a decir más adelante que significó el obispo Vicente Puchol Montis para Santander y su provincia, su fallecimiento el 8 de mayo de 1967 en accidente de tráfico truncó sus apoyos al movimiento obrero y la lenta desaparición de la renovación del clero en la diócesis. El segundo dato cultural, este de 1968, lo cifro en la II Semana Naval, en donde los muelles de Santander estuvieron, eso sí, muy animados. Y no hubo más. Una ciudad, Santander, que estaba ajena a lo que estaba naciendo en ella, en una península, la de La Magdalena, a apenas tres kilómetros del centro de la ciudad, y a su incidencia.

Al comenzar a estudiar y alojarnos allí, nos dimos cuenta el grupo de jóvenes que nos juntamos para empezar Filosofía que nuestras casas no tenían parecido alguno con el edificio de las Caballerizas Reales de La Magdalena, que contaba con cincuenta y cuatro habitaciones dobles y que era una construcción diseñada por los arquitectos santanderinos, como el conocido palacio de la parte superior de la península, Javier González de Riancho Gómez y Gonzalo Bringas Vega. El edificio de las Caballerizas estaba también construido en estilo inglés y poseía un patio -con una torre que contiene un reloj- que unía las dos hileras de habitaciones.



Tarjeta postal de los años 20 (Archivo del Centro de Recursos, Interpretación y Estudios de la Escuela de Polanco, Registro 3587)

Esta singular residencia, con una playa anexa y unos paseos al lado dentro de la vegetación boscosa de solemne riqueza arbórea, se convirtió en un lugar privilegiado para aquellos muchachos que queríamos estudiar y formarnos. Más tarde, en concreto en 1982, se declararía todo el complejo de la península de La Magdalena Monumento Histórico Artístico.

Basten estas líneas para decir que están escritas en nombre propio, que son personales y no son oficiales ni oficiosas. Han sido originadas solo en mi ligera memoria y con el acicate de Juan González Ruiz, que fuera inspector jefe de Educación de Cantabria, que me animó a ponerlo todo esto por escrito, junto a la colaboración entusiasta de los responsables de la revista *Cabás*. No deja de ser, quizás solo en apariencia, nostálgico por esa tristeza y pesar que trae la memoria de aquella felicidad tal vez ahora ausente, y reencontrada a través del relato, porque, sobre todo, quiere ser una toma y una defensa argumentativa que reclama la recuperación de aquellos años bellos, convenientes y fértiles. Bajo otros parámetros y variables, siempre es posible reinventar un presente más acorde con el significado del ser humano que nunca cambia y permanece infinito.

*“(…) Aunque nada pueda hacer  
volver la hora del esplendor en la hierba,  
de la gloria en las flores,  
no debemos afligirnos,  
porque la belleza subsiste siempre en el recuerdo.”*  
William Wordsworth, *Oda a la inmortalidad* (1807)

## Algunos estudiantes

A la lista siguiente, le sobra parecerse a un bando, no necesita el equívoco seguro de intentar que sean todos los que están escritos ni que falte alguno que sí estuvo... por lo que el adjetivo del título de este epígrafe resulta cuando menos superfluo, pero no he encontrado otra manera. Evidentemente, no voy a tratar de enumerarlos de una manera rígida, por niveles, como si se tratara de un informe o una certificación. La perfección va a residir en la versatilidad, en el cambio y en la diversidad, porque nombrar, nominar, citar, incluso llamar con su propia personalidad a personas que fueron sujetos y protagonistas de aquellos años y en aquel lugar bien lo merece. Como repito, hace muchos años que han pasado y no quiero ni debo resistirme a ello; por supuesto que, por esas ausencias, estas páginas están abiertas, como ya he señalado, a cualquier comentario, añadido e ideas que faltan en ellas. Obviamente, lo más fresco que tengo son los de mi curso, y con los que coincidí. Con independencia del nivel que estudiamos cada cual, agrupo a los compañeros según el curso académico en el que se incorporaron a La Magdalena:

### Primer curso (1966-1967)

- 1) Ricardo Bedía Roqueñí
- 2) Rufino Casuso Cavia
- 3) Nicolás Céspedes Ruiz
- 4) Ezequiel Fernández Gutiérrez
- 5) Jaime de la Fuente Martínez
- 6) Miguel García García
- 7) Vicente García de Juan
- 8) Fernando Jesús López Celada
- 9) Javier López Linage
- 10) Carlos Nieto Blanco
- 11) Felipe Nieto Blanco
- 12) José María Ordás Merino
- 13) Luis Ortega López
- 14) Moisés Pérez Coterillo
- 15) Alejandro Rivas Barreda
- 16) Tomás Rodríguez Fernández
- 17) Miguel Ángel Velázquez Santiago
- 18) Manuel Villa Herrán

### Segundo curso (1967-1968)

- 1) Rafael Berzosa Hoyos
- 2) Santiago Bolado Barbadillo
- 3) Ángel Carlos Cárcoba Alonso
- 4) Benito Estalayo Cosío
- 5) Ángel Fernández Villalba
- 6) Fermín Emiliano García García
- 7) Miguel Ángel García de Juan
- 8) Francisco Hoyos Ceballos
- 9) José Ramón Lisaso Real
- 10) Juan Francisco López López -Pancho-

- 11) Manolo Machón Sáez
- 12) José Manuel Martínez Vázquez -Pepo-
- 13) Baldomero Maza Aja
- 14) Juanjo Mier Cáraves
- 15) Antonio Moreno León
- 16) José Miguel de la Riva Rodríguez -Chemi-

Tercer curso (1968-1969)

- 1) Javi Bermejo
- 2) Ángel Luis Borge Herrero
- 3) Hilario Castresana Estrada
- 4) Eduardo Braulio García Muñoz -Baíto-
- 5) Cecilio Gómez Fernández
- 6) José Manuel Gómez Pacheco
- 7) Javier Iglesias González
- 8) Francisco Irusta
- 9) Leonardo Pérez Luengo
- 10) José Luis Polanco Alonso
- 11) Ángel Regaliza Alonso
- 12) José Antonio Ricondo Torre
- 13) Juan María Valle Soberón



*Grupo de compañeros de La Magdalena (José Antonio Ricondo Torre)*

## Las asignaturas

La siguiente referencia no tiene por qué coincidir desde los inicios, en el año 1966. Lo normal es que sí coincida. Se refiere concretamente a los años y asignaturas de mis cursos académicos y los de mis compañeros -1968-69, 1969-70 y 1970-71-. El de 1968-69 iba a ser el último que estudiaríamos en La Magdalena. El posterior curso se impartió en el chalé llamado Villa Marcelina, en el Paseo de Menéndez Pelayo número 61 de Santander. Y el último curso ya cada uno residía en su casa, asistiendo a las clases en la calle Rualasal número 5, en el centro de Santander, y con las mismas actividades anteriores. Las asignaturas fueron:

<u>1º (1968-69)</u>	<u>2º (1969-70)</u>	<u>3º (1970-71)</u>
<ul style="list-style-type: none"> <li>- Historia de la Salvación</li> <li>- Pensamiento Filosófico contemporáneo</li> <li>- Pensamiento político y social</li> <li>- Literatura y arte contemporáneos</li> <li>- Historia de la Ciencia</li> <li>- Introducción a la Historia Contemporánea</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Sociología</li> <li>- Antropología Filosófica</li> <li>- Historia de las Religiones</li> <li>- Fenomenología de la Religión</li> <li>- Ética</li> <li>- Historia de la Filosofía</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Psicología</li> <li>- Sociología</li> <li>- Ética</li> <li>- Historia de la Filosofía</li> <li>- Problemas de la materia y de la vida</li> </ul>



La calle Rualasal de Santander en 1964 (fotografía de Pablo Hojas Llama. Fondo Pablo Hojas Llama, Centro de Documentación de la Imagen de Santander, CDIS, Ayuntamiento de Santander. R. 2508 D. Ph3/2006)

No podemos olvidar tampoco las clases de Inglés, que nos impartía varios días a la semana José Luis Elizalde Esparza en la academia que llevaba su nombre. Ni al *teacher* Diego Guerrero, que nos impartía Francés e Inglés en esa misma academia de idiomas que tenía con su socio Elizalde y que pasaría a llamarse, más tarde, Cavilmo. Estuvimos con clases de idiomas dos densos y fecundos cursos, de 1969 a 1970.

Aprendimos mucha pedagogía y didáctica, y sus conocimientos llegarían a tener trascendencia tanto en la metodología como globalmente, y específicamente en la expresión y comprensión oral con nuestros escolares, y también con el idioma español. Las clases de Francés eran de conversación y coloquio sobre cualquier tema actual de España o del entorno europeo, siempre en francés. Cuando salíamos los veranos al país vecino o a Ginebra, nos acordábamos de estos profesores, de los que nunca olvidaríamos el acervo del que nos proveyeron, así como de su didáctica y metodología.

## Los profesores

Faltan muchos y buenos por citar. Sin embargo, es de cajón -por ser concluyente o evidente, estando lejano de toda cuestión o, mejor, contradicción- que estoy refiriéndome solo a los de mi curso, desconociendo si en los anteriores fueron los mismos o cambiaron:

Santiago Díez Llama  
Demetrio Estébanez Calderón  
Joaquín González Echegaray  
Jesús Hurtado Cubillas  
Francisco Pérez Gutiérrez  
Francisco Susinos Ruiz

## El Equipo Directivo

Eran los responsables y, por extensión, nuestros formadores, con quienes más tiempo convivíamos:

Alberto del Campo Hernández  
Manuel Díez Castañeda  
Aurelio Vigo Fernández

## El obispo Vicente Puchol Montis (1915-1967): nuestra *alma mater* en la aplicación del Concilio Vaticano II en Cantabria, el conductor de la urgente renovación eclesial

No hay academia sin académicos. Sí es posible que sin directores. No sin asignaturas, contenido, materias. Y no puede haber contenidos sin conocimiento. Puede haber formación en Filosofía o cualquier otra idea sin directores, y sin instancias superiores a estos. Sin embargo, la presencia de Vicente Puchol Montis, en este caso, se hizo poco menos que indispensable. Trajo un cambio más que normativo.

El equipo de dirección y el elenco de profesores conocían la idea y se ajustaron con facilidad a la que traía el obispo valenciano Vicente Puchol para la diócesis de Santander (1965-1967) y para la formación de sus seminaristas que, una vez acabado este tramo, iban a iniciar la Teología, aunque esta temporalidad no tenía por qué ser finalista. Vivíamos el día a día como si fuese todo un curso, y viceversa. Sin prisas, sin pausas. Los estudios de Filosofía eran básicos, naturales y fundamentales para la formación y educación de los estudiantes, según criterios científicos, aunque no estuviesen diseñados estricta y expresamente para los estudios teológicos posteriores. Era un momento crítico en el que la Filosofía iba a abandonar la vieja escolástica, creciendo según las ideas y métodos modernos, humanistas y realistas, y abocados a una formación integral, total y completa; así lo concebía Vicente Puchol.



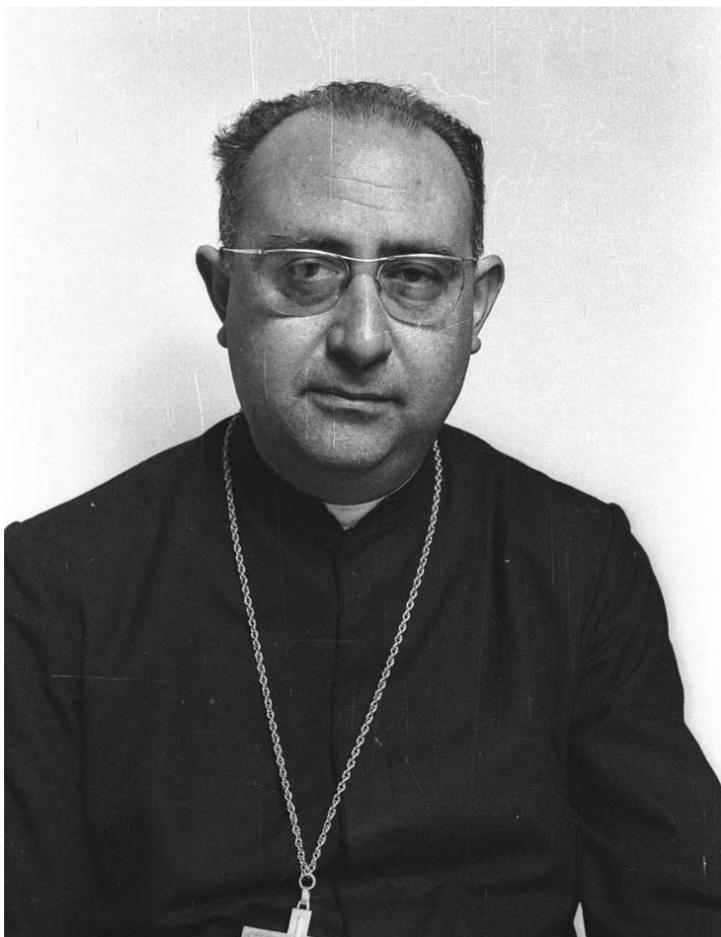
*Visita del obispo de Santander Eugenio Beitia Aldazábal al Seminario de Corbán, 10 de mayo de 1962 (fotografía de Pablo Hojas Llama. Fondo Pablo Hojas Llama, Centro de Documentación de la Imagen de Santander, CDIS, Ayuntamiento de Santander. R. 1935 D. PH 695)*

Tanto este obispo como su flamante diócesis santanderina fueron uno de los sonidos y de las repercusiones del Concilio Vaticano II (1962-1965) que, convocado por el papa Juan XXIII, el papa ecuménico, el "papa bueno", el papa social y comprometido con los más desheredados, ha sido el concilio que ha pasado a la historia como el hecho o suceso que más ha seducido e impresionado a la humanidad en el siglo pasado. La Iglesia española podía mirarse en el espejo del *aggiornamento*, su "actualización" y adecuación a los signos de los tiempos. Al decir del papa en la apertura en 1962 del concilio,

Quiero abrir las ventanas de la Iglesia para que podamos ver hacia afuera y los fieles puedan ver hacia el interior.

Vicente Puchol Montis (Valencia, 1915 - Madrid, 1967) fue obispo de la Diócesis de Santander, como ya he señalado, entre 1965 y 1967.

Precisamente, es un hecho constatado que, a pesar de ser el episcopado de Vicente efímero, los vientos de transformación y cambio que traía tropezaron con la dictadura franquista y con la tensión de la cáfila más reaccionaria de ciertos ámbitos de nuestra Iglesia. Curioso es que, con anterioridad a su nombramiento, había asistido a la Escuela de Perfeccionamiento Pastoral que hubo creado en Maliaño (Cantabria) el cardenal Ángel Herrera Oria; aun siendo su episcopado fugaz - dos años, a falta de dos meses-, ayudó y cooperó con los avances y corrientes favorables a la mejora y a la tolerancia y consentimiento que estaban germinando en la provincia de Santander. Deseaba adecuar el anuncio del Evangelio a la nueva coyuntura. Y lo consiguió en solo veintidós meses. Tenía mano con quien se le acercaba, y muñeca para manejar cualquier situación que se le presentase, con suficiente sutileza y habilidad. Era bueno y buen escuchador.



*Vicente Puchol Montis, retrato realizado el 9 de mayo de 1967 (fotografía de Pablo Hojas Llama. Fondo Pablo Hojas Llama, Centro de Documentación de la Imagen de Santander, CDIS, Ayuntamiento de Santander. R. 3550 D. Ph6/ 1967248)*

A los ocho meses y medio de su nombramiento, con naturalidad y convicción, auspicia a los militantes de la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica) el Primero de Mayo de 1966 en Los Pinares de El Sardinero, extendiendo así su compromiso con la clase obrera. Fui testigo de la desorientación por parte de la Policía cuando parte de ella fue incapaz de reaccionar. Cómo puede entenderse que gente de Iglesia pudiese reprimir a curas, al obispo y a los trabajadores asistidos por este. Una enorme contradicción.



*La manifestación del Primero de Mayo de 1966 organizada por la HOAC en Santander a su paso por el paseo de Menéndez Pelayo. Discurrió entre el palacio episcopal y Los Pinares de El Sardinero (fotografía "Desmemoriados: memoria colectiva de Cantabria". <https://desmemoriados.org/>)*

Vicente Puchol ya se había convertido, en casi dos años, en una señal histórica de la década de los sesenta en la provincia de Santander. Tal era la situación ideológica en la provincia que no fue necesario que se diese esa oposición frontal entre visiones contrapuestas. El campo más progresista no tuvo que seguir siendo beligerante, porque nunca lo había sido. Sí sintió que respiraba mejor. Mientras, los conservadores se trastabillaron, perdieron la fe y se armaron con que se había ido demasiado lejos, tanto que, en el funeral por el obispo, fallecido en accidente de tráfico, el sector más reaccionario rumoreaba *sottovoce*, en sus corrillos, que "iba muy rápido" -cuando en lugar alguno se pudo constatar ese hecho-. Lo cierto es que el accidente se debió a una posible indigestión o a un golpe de calor y un desvanecimiento. Aunque, con esa ambigüedad en la expresión,

querían significar también que el prelado era demasiado renovador y avanzado. No podían callarse ni en sus exequias. Les faltaba educación. Les faltaba saber estar y les sobraba sectarismo.

Conviene subrayar las diferencias entre las dos formas de pensar y sentir e ir analizando las contradicciones que no suelen darse en los diferentes campos de la vida, y sí paradójica e incoherentemente, en el de la religión. Así, unos defienden la horizontalidad en las relaciones humanas; por ejemplo, el acuerdo y responsabilidad secular con la sociedad, con la clase trabajadora, liberando el horizonte de la dicotomía fe-sociedad, porque siempre se ha entendido que estas disquisiciones son ilógicas e irracionales, en la medida en que la realidad es cambiante y de una manera acelerada. Lo honesto entonces es el deseo y conquista de una Iglesia con comunicación, amplia y leal, cercana, próxima y contigua y, sobre todo, adecuada a las circunstancias y espacios del siglo, con prospectiva. Los miedos, la pérdida del equilibrio, curiosamente, causaron tiranteces e incertidumbres en parte de la institución eclesial y en la totalidad de la autoridad civil y su control. Estamos hablando de la segunda mitad de la década de los sesenta.

Quizás pensaban los integristas que el Concilio les quedaba lejos, siempre y cuando no lo tuviesen en casa, tan cerca. Su actitud de avestruz -no por la velocidad en que se mueve, sino por su camuflaje ante el peligro y su ansia de autoprotección- no podía entrever que los concilios son ecuménicos y universales y que su obediencia es debida. Tan ciegos estaban que no podían entender que otra parte del universo cántabro sí tenía esperanza de que la situación se renovase, porque lo que no se podía asumir era, por ejemplo, la exigencia “(...) a los curas para poder dar clase hacer un juramento 'antimodernista'<sup>1</sup>”. Eso no era precisamente un ejemplo de realidad e idealidad. Era infantilismo trasnochado.

---

<sup>1</sup> Desmemoriados: memoria colectiva de Cantabria, “Vicente Puchol y la diócesis de Santander. Algunos ecos del Vaticano II en la Iglesia española (1ª parte)” [en línea]. Santander, 1 de mayo de 2020. ”<https://desmemoriados.org/vicente-puchol-y-la-diocesis-de-santander- algunos-ecos-del-vaticano-ii-en-la-iglesia-espanola-1a-parte/> [consulta: 6 octubre 2021]



*El obispo Vicente Puchol con un grupo de jóvenes durante la celebración del Primero de Mayo de 1966 (fotografía “Desmemoriados: memoria colectiva de Cantabria”. <https://desmemoriados.org/>)*

Sin embargo, el tiempo, que todo lo desgrana, hizo de los curas progresistas los depositarios de las verdades que había traído Puchol del Concilio. Tuvieron réplica y abusos por parte del sector más intransigente y retrógrado de Santander y de los ayuntamientos industriales limítrofes. No queremos cargar las tintas en el significado del obispo Puchol, en su episcopado efímero y en la apertura de la Filosofía en La Magdalena. Nada es exagerado en este escrito, como tampoco lo es, por su realismo, su reacción ante los ataques, invectivas y agresiones a los que el obispo, mes y medio antes del accidente, hubo de salir al paso en 1967, en la plática del Jueves Santo, en un discurso sin parangón en la historia episcopal europea:

*“(…) ¿Hay unidad entre nosotros? ¿Ofrecemos un testimonio vivo de respeto mutuo, de comprensión atenta, de caridad efectiva? (...)*

*No hay unidad entre nosotros porque existe división, desconfianza, rencor y acechanzas. Al afirmar esto no divulgo ningún secreto porque, desgraciadamente, es un hecho público. (...)*

*No, no hay unidad cristiana entre nosotros. Porque no es cristiano el calumniar aunque se haga con pobre astucia, dejando caer insinuaciones más dañosas que las afirmaciones rotundas porque fácilmente introducen la duda y la desconfianza. No es cristiano el señalar con ira, con crueldad y con ensañamiento del prójimo porque únicamente Dios conoce el secreto de cada persona. No es cristiano hacer de las legítimas discrepancias en las opiniones políticas criterio de discriminación religiosa. (...)*

*No es cristiano acusar de comunistas a quienes creen en Dios y afirman los valores del espíritu; mucho menos si se trata de cristianos militantes que buscan solución, aún con riesgo de equivocarse, a agudos problemas sociales; más grave aún si el reproche se dirige -como ha sucedido*

*alguna vez en nuestra Diócesis- a sacerdotes que desempeñan una misión pastoral encomendada por la Jerarquía en medios obreros. (...)*

*Un aspecto particularmente penoso de la desunión existente en nuestra Diócesis es que, en buena parte, procede de la división entre algunos miembros del clero (...)*

*El silencio puede ser en ocasiones cauce de pacificación, en otras- y pienso que esta es una de ellas- puede contribuir a aumentar los daños al producir la impresión de un asentimiento o de una debilidad. (...)*

*Queridos hijos que asistís a esta misa en la Iglesia Catedral, la iglesia donde está situada la cátedra del Obispo, sed portadores de mis palabras y repetidlas a quienes no han podido acudir a esta reunión eucarística. (...)*

*Quiero, antes de terminar, exhortaros a la serenidad. No prestéis atención a quienes fácilmente hablan de catástrofes y temen cataclismos inminentes. Vivimos en un momento espléndido de la historia de la Iglesia: Difícil como todos los momentos de transición, abierto a todas las esperanzas como toda época de renovación (...)*

*Que la Virgen María, Reina de la Paz y Madre de la Iglesia, interceda ante el Señor por nosotros, sus hijos de Santander”.<sup>2</sup>*

Sin embargo, la muerte antes de tiempo de Vicente Puchol Montis, a los cincuenta y dos años, nos dejó atónitos y algo distraídos, como si se hubiese tratado de un bulo, siempre inverosímil. No podíamos entender cómo un hombre con los proyectos de progreso y evangelio que tenía nos hubiese dejado sin avisar, de golpe; y al paio, quietos, con nuestras velas desplegadas y arriadas las escotas.

*“(...) no te vayas, Jesús, que anochece  
y se apaga la fe,  
que las sombras avanzan, (...)  
y el mundo no ve.” (Lucas, 24:29)*

Por él estábamos así. El accidente truncó cualquier paso con las mismas ganas y la misma fuerza que tuvimos en los dos escasos años con él. Aun así, la vida siguió, sin apagarse luz alguna. Nada se interrumpió aquel lunes aciago y negro de un mayo del 67. Los que nos incorporamos dos cursos más tarde, fue con la misma intención de no dejar nada incompleto. Con las mismas ilusiones y esperanzas de los pioneros de La Magdalena estudiamos a autores desconocidos para nosotros y que, sin embargo, nos dieron una formación con raigambre, que era lo que siempre había pretendido Vicente Puchol, y que nosotros escuchamos, obedecemos y "estuvimos atentos", que eso significa *oboedire*, prestar atención.

Ni dos años con él y, aun cuando nuestro tiempo juntos fue denso y veloz, pronto en movimiento y pensamiento, nos faltaba la humildad de seguir sus grandes proyectos, no fácilmente firmes y duraderos sin él. Y, sin embargo, siguieron enraizados en nuestro equipo directivo. La vida siguió. Por otra parte, era el segundo año de La Magdalena y los objetivos generales que albergaba Vicente fueron diluyéndose con las siguientes jerarquías, con la excepción del obispo auxiliar Rafael Torija de la Fuente (1969-1975), cuyo talante fue siempre más dialogante. Aunque lo acompañé varias veces en su pastoral por los diferentes pueblos, reconozco que todo es opinable.

---

<sup>2</sup> Ibid.



*Funerales por Vicente Puchol Montis, obispo de Santander, 12 de mayo de 1967 (fotografía de Pablo Hojas Llama. Fondo Pablo Hojas Llama, Centro de Documentación de la Imagen de Santander, CDIS, Ayuntamiento de Santander. R. 3576 D. PH6/1967238)*

## Nuestra ocupación del tiempo

En La Magdalena éramos una comunidad de jóvenes a los que nos unían unas características e intereses comunes. Esta vida en común suponía la creación de grupos de trabajo, pero no de una manera rígida. Nuestro equipo directivo nunca intervenía de una forma directa, nos dejaban hacer; y nuestra relación con ellos, y viceversa, estaba basada en la confianza. Y nunca hubo problema alguno. Nos habían hablado en una clase de un destacado teólogo alemán, Rudolf Otto -un filósofo de la religión y estudioso de las diferentes religiones-, que había declarado a los creyentes, en un contexto, que habría que vivir como si Dios no existiese, aun convencidos de que existe. Para nosotros, fue una revelación y, curiosamente, ese respeto lo vimos perfectamente ideado en la relación de nuestro Equipo Directivo y los profesores con nosotros. Y viceversa. Era una aplicación biyectiva, basada en el aprecio mutuo, en la tolerancia y la bondad. Todo era una contribución a la filosofía y al comportamiento ético. No conozco a ningún compañero de estudios que no rinda agradecimiento a aquellos memorables y destacados años y a aquellos profesionales. Aprendimos algo fundamental: no todo aquello que podemos saber necesariamente es una manera de saber, en tanto que imagen intelectual. Porque sería otra cosa.

En cuanto a los estudios propiamente dichos, no es aventurado pensar que en los referentes a la Filosofía tuvimos que ser los únicos, en aquel momento y en todo el país, en estudiar y percibir, en explicar y explicarnos, a los intelectuales y filósofos de la Escuela de Frankfurt. Todos se lo debemos agradecer al profesor Demetrio Estébanez Calderón. Todas sus clases se circunscribían al común denominador de la Teoría Social -Demetrio era profesor de Historia de la Filosofía-, al

tiempo que necesariamente al de la Filosofía Crítica; y al del estructuralismo como forma de cualquier análisis, reconociendo que existe siempre una estructura que está más lejos de lo que es el individuo, estructura que siempre lo supera.

Estudiábamos *El miedo a la libertad* y *El arte de amar*, de Erich Fromm, y *El hombre unidimensional* y *Eros y Civilización*, de Herbert Marcuse. En cuanto al método científico del estructuralismo, no faltaban las obras de Claude Lévi-Strauss *Las estructuras elementales del parentesco* y *Tristes trópicos*.

Si pudiéramos contabilizar el paso del tiempo de nuestra vida en La Magdalena, de mayor a menor, resultaría que la mayor parte era la dedicada al estudio -clases, estudio y formación personal-; voluntariado social -más frecuentemente, con jóvenes y organizaciones juveniles como la JOC-; la reflexión, sobre todo grupal; la preparación de la *Revista hablada "La Rueda"* y del *Teatro "La Rueda"*, sin descuidar el *Cinefórum "La Rueda"*; y el deporte -el tenis, el *hockey* en el propio campo del Sitio de La Magdalena y el Fútbol Playa en la denominada playa de los Bikinis-.

La experiencia de La Filosofía en La Magdalena fue el lugar y el sentimiento cuya relevancia nos permitió aceptar y editar los recuerdos e ideas que nos importaban y podían interesar a nuestra sociedad más inmediata, nuestro espacio de actividad.

La sociedad más cercana que determinaba cualquiera otra actividad no era precisamente la de la residencia, sino la situación sociolaboral de la región y del país en el final de los sesenta. Tuvieron una extensa y apreciable repercusión entre nosotros las reclamaciones, demandas, críticas, declaraciones y huelgas, a caballo entre 1966 y 1967, prácticamente en todo el norte de la Península, desde Asturias hasta Guipúzcoa.

Especialmente, la huelga de la empresa Laminaciones de Bandas en Frío de Echevarri, de noviembre de 1966 a mayo de 1967. Tres años antes, militantes cristianos contribuyeron a concertar y a modular Comisiones Obreras en Vizcaya, actividad básica para esta larga huelga en la que ochocientos trabajadores de un total de novecientos sesenta participaron. Un mes antes del final de la huelga, Franco decreta en el País Vasco el último estado de excepción que firmó en España. El apoyo a los trabajadores en huelga fue de obreros de otras industrias y empresas, de estudiantes del municipio de Bilbao, de sindicatos, de movimientos católicos y de parte del clero vasco.

El final de los sesenta era tiempo agitado y a nadie se le ocurrió ponerse de perfil. Como decía una pancarta de aquellos obreros, «nuestra escolta es la conciencia del deber».

En 1968, la Masacre de Tlatelolco, en México, el 2 de octubre, cuyo saldo fueron más de trescientos cincuenta estudiantes muertos mientras celebraban un mitin en la Plaza de las Tres Culturas; una unidad, llamada Batallón Olimpia, formada por fuerzas especiales de la Guardia Presidencial, abrió fuego desde los edificios que rodeaban la plaza<sup>3</sup>.

En un campo total y diametralmente opuesto, como el del arte, pudimos apreciar, por ejemplo, a la *Nouvelle vague* del cine francés, nacida a finales de los cincuenta: Chabrol, Godard, Rohmer, Truffaut, Resnais..., que, en la siguiente década, no sé de qué manera, veíamos y visionábamos en el *Cinefórum La Rueda*.

La Primavera de Praga y su “socialismo con rostro humano”; los momentos y pasos convulsos y comprometidos del 68, como los asesinatos de Martin Luther King y el de su defensor Bobby Kennedy; la guerra de Vietnam, que duró veinte años en una cruel masacre, como son todas las guerras; y el Mayo francés, que fue un sueño, una metáfora de los anhelos de la juventud y de los intelectuales comprometidos con la vida y con un orden más racional y humano.

---

<sup>3</sup> En <https://www.npr.org> (*All Things Considered*, 14 de febrero de 2002)

En cuanto a nuestro equipo de *hockey*, jugamos en la liga regional. Hubo algunos, acostumbrados a otros deportes, que desconocían las reglas de este y abandonaron; otros que lanzaban la bocha por encima de las cabezas, con craso peligro de todos los jugadores y del árbitro. Aun así, y a pesar de no tener mucha técnica, físicamente nuestros jugadores eran muy superiores a los otros. Al vivir al lado del campo, el entrenamiento era prácticamente diario, siendo el primer arquero o portero Ezequiel, sustituido después por Javi Iglesias. Éramos fuertes y nada nos detenía. Por eso, Jaime de la Fuente, corriendo por la banda rompió un *stick* que le atravesaron entre los pies y siguió su marcha, en apariencia sin percatarse del suceso. Éramos jóvenes dedicados solo al estudio.



*El equipo de hockey (José Antonio Ricondo Torre)*

### **Actividad sociocultural de *La Rueda***

En esta etapa de la Filosofía en La Magdalena, se decidió afrontar y arrostrar una superior y más conveniente educación y aprendizaje de los seminaristas, su compromiso con las corrientes seculares y la capital, Santander. Nuestra estancia en las Caballerizas fue ya la cristalización de ese avance social, de esa aproximación a los sectores de población más abstinentes socioculturalmente.

En los tres cursos que permanecimos en La Magdalena, estuvo funcionando *La Rueda*, que comprendía nuestra querida *Revista hablada La Rueda*, el *Teatro La Rueda* y el *Cinefórum La Rueda*. En las tres vertientes se consideraban con los espectadores los temas de interés general y social de entonces, de cada situación. Además de los estudios y de nuestra convivencia, esta forma de comunicación llegó a ser el aglutinante asombroso que comprometió el acercamiento y la confluencia de participantes cristianos y obreros, en una convivencia de avance y de progreso.

El Paraninfo, o Auditórium, anexo a la residencia, iba a ser el lugar de encuentro con todos los grupos interesados con ese sueño, con ese soñar despierto del que habla el filósofo alemán Ernst Bloch, que no es sino esa disposición que nos facilita creer y admirar, concibiendo contextos y marcos pocas veces acostumbrados de armonía, derecho, autodeterminación y certeza. Esa capacidad, como él afirma, de esperar lo inesperado.

La vida interna de la residencia se veía agitada y removida, los sábados alternos al anochecer, por una oleada de asistentes, un aluvión humano que llegaba desde Santander y los ayuntamientos aledaños. La capacidad del Paraninfo -de trescientas cincuenta personas- normalmente se saturaba, quedando muchos de los presentes de pie. Producía asombro y admiración ver una fila incesante de grupos de personas hablando entre sí que, a paso ligero, aparecían muy pronto, librando la distancia de casi un kilómetro desde la entrada hasta el Paraninfo en donde se iba a decir, comunicar o hacer una representación inédita en aquel tiempo.

Éramos muy jóvenes, con una edad de entre diecisiete y veinte años. Esa vitalidad, con una formación cultural, personal, social y religiosa, y el desarrollo de las competencias básicas en la comunicación lingüística, en la interacción y respeto con el medio, en nuestra sociabilidad y ciudadanía, en la cultura y en el arte, en verdadero aprendizaje y en la madurez de la autonomía y la iniciativa personal, fue estimulada sin duda alguna por nuestros tutores y profesores, orientándose, con seguridad, a unas actitudes ante lo que apreciábamos y reflexionábamos sobre cómo debía evolucionar en el país y sobre lo que fuera más preferible en todos y en cada uno de sus campos. Esporádicamente, nos conducíamos con evidente audacia y riesgo, y con rapidez, como es menester a la edad que teníamos. Desconozco si llevábamos algo adelante sin esta perspectiva o enfoque.

### **Nuestra querida Revista hablada "La Rueda"**

La *Revista hablada* nace en el curso 1966-67 con el mensaje de Vicente Puchol de apertura a la sociedad, de cambio y progreso. Amigos de la Filosofía en La Magdalena hicieron que la *Revista* apareciese; como Santiago Pérez Obregón, el impulsor y promotor, un hombre progresista, siempre atento a los círculos democráticos, que recién obtenida la licenciatura en Derecho fue muy sensible a defender las causas de los trabajadores y los juicios justos. Llegaría más tarde a ser magistrado del Tribunal Superior de Justicia de Cantabria, consejero de Trabajo, Sanidad y Bienestar Social del primer Gobierno de Cantabria y concejal por el PSC-PSOE en el Ayuntamiento de Santander. Y gozaba de una gran afición por el teatro, la escena o la dramática.

En los mentideros, y por el hecho de que nada surge de la nada -expresión atribuible a Parménides-, siempre se especuló que la *Revista* -y las demás actividades como la del *Teatro* y el *Cinefórum*- surgieron al ser Santiago Pérez Obregón uno de los principales promotores. Se manifestó por la iniciativa de descubrir algo que transformase socioculturalmente -demasiado alto objetivo en el que nadie pensaba- a los que allí estudiábamos y al entorno de Santander, y de que la idea de progreso y cambio del obispo y de nuestros directores y profesores nunca se agostase.

En este sentido, junto con el sacerdote Ángel Alonso, que luchaba para que una sociedad mejor fuese posible, el catedrático de Griego Eduardo Obregón Barreda y Paco Pérez, uno de nuestros profesores, fueron también impulsores y colaboraron en *La Rueda*.

La revista hablada se editaba los sábados alternos al anochecer y de una manera regular cada quince días. Tomando el nombre de *La Rueda*, se crearon rápidamente el teatro y el cine. Así, por

su planificación, montaje y realización se alternaba este medio también con las actividades y reuniones del *Cinefórum "La Rueda"* y con el *Teatro "La Rueda"*. E incluso con los recitales musicales. Todos los formatos eran un espacio de pensamiento artístico y sociocultural, un tejido colectivo siempre pensado en la reflexión crítica.

La metodología de la *Revista* era sencilla. Cada uno de nosotros voluntariamente preparaba un artículo de actualidad, un pensamiento libre, que leíamos de cara al público. Al término de cada actividad o función, era entrevistada una persona relevante en cualquier campo, con la dirección, generalmente, de Luis Ortega, que era el presentador y quien conducía el desarrollo de la entrevista. Los textos y preguntas se las preparábamos normalmente nosotros. Recordamos, por ejemplo, al filólogo Víctor García de la Concha -más tarde, director de la RAE- y al director de cine Mario Camus, en los comienzos de su carrera; las preguntas y respuestas no estaban sujetas a censura alguna por nuestra parte. De ahí que, entre los asistentes, siempre encontrábamos a una pareja de la Brigada Político-Social (BPS) investigando quiénes asistían a los actos. No nos importaban. Aun así, hubo cientos de entrevistados interesantes.

Allí, repantingados en sus respectivas butacas, en un lateral, y más cerca que lejos de la tarima y del proscenio, husmeaban los dos de la BPS sin rigor y prestos a nada, pues el Concordato entre el Estado español y la Santa Sede de 1953 aún seguía vigente. Quietos, solos ante una inmensa mayoría que comulgaba críticamente con lo que allí se decía y hablaba, y de los que ignoro si la pareja podía aprender algo. Era lo que había. No sucedía lo mismo con los incipientes grupos sindicales y partidos forzosamente clandestinos, que también asistían sin tener ese paraguas. La *Revista* duró hasta el curso 1970-71 con la misma dirección y cobertura con la que empezó. Los dos últimos años, en el Salón de Actos de la calle Rualasal, 5.

La entrada de la música en la *Revista hablada "La Rueda"* tuvo lugar con la asistencia de dos cantautores -Manolo Díaz (Oviedo, 1941) y Patxi Andión (Madrid, 1947 - Cubo de la Solana, Soria-, 2019)-, que ya eran renombrados en el mundo de la canción comprometida. En diferentes fechas, vinieron a estar con nosotros un tiempo juntos y a cantar en la *Revista*. Manolo incluso pasó la noche en la residencia con nosotros, en una velada agradable en la que el invitado de pro fue Alberto Pico, el cura del Barrio Pesquero, un hombre fuera de lo común, cuya reflexión que le hizo al asturiano y que más nos llevó a pensar y apreciar a todos, fue: “Vosotros, con vuestras canciones, llegáis a más gente que cualquier institución, y vuestro compromiso es mayor.”

Luego fue entrevistado, expuesto con algunas de las numerosas preguntas. Unas, interesantes e inteligentes; otras, muy tontas y capciosas. Y los del PC, colocados estratégicamente de pie y en diferentes puntos del salón -quizás para dar sensación de arte y traza-, le preguntaron al asturiano qué quería decir en la canción *Sierras y valles* la estrofa que dice:

“(...) Cantaron juntos  
una vieja canción,  
una triste canción,  
una que hablaba  
de un trabajador (...)”

Evidentemente, Manolo salió con lo que podía en aquellos días de 1969, de rincones sin jardín, de cielos oscuros y grises. Y contestó: “Cuando acaben todas las preguntas, te contesto a ti en el baño” (sic). Para algunos, todo era pescar en río revuelto. Una posible explicación a esa sutileza del compositor es lógica, dado que la policía estaba allí y los que nunca se comprometían involucraban a los demás en “su compromiso”. Lo que quiso decirle al que se le dio la palabra era, más o menos, que “aquí y ahora no puedo contestarte, por la situación de vigilancia. Después, sin público, lo hago”.

Al poco tiempo, con Patxi Andión la estructura fue la misma. El cantautor atípico, aparentemente áspero y duro para caer en la nostalgia, cantó con su voz de trueno, con su sello a veces con pequeñas estrías, una voz que se comportaba como una denuncia íntegra, una decidida exigencia, una reivindicación llana y clara. Y los mismos de siempre -me figuro que, sin ánimo alguno de torpedear la entrevista, sino por no haber otro “medio parecido” y poder reunirse allí todos- volvieron a querer ser protagonistas del recital. Y el madrileño, vasco de sentimiento, le contestó a uno que quería enredarse con su propia pregunta: “Revolucionario hijo de papá, tienes como única lectura 'El Jaimito' debajo de la cama” (sic).

Es una cita a la que alude Miguel Ángel García de Juan, del mismo modo que con el siguiente análisis: “(...) el comunismo había arraigado en la Escuela de Caminos y algunos estudiantes pijos querían poseer en exclusiva el carné de revolucionarios marxistas. Más de una vez intentaron reventar *La Rueda*”.

Y puede decirse que, cuando llegó nuestro curso a los estudios de Filosofía en La Magdalena, nos encontramos con que el de 3º, el senior, tenía un bagaje tan fundamental que les hacía respetables. Era un curso cohesionado, notable y que siempre nos causó admiración, tanto por sus ideas como por sus creaciones originales. Algunos de ellos, que destacaban en lo que hacían, son los campurrianos Miguel García García y Ezequiel Fernández Gutiérrez, los meneses Vicente García de Juan y Luis Ortega López, el trasmerano de Pedreña Ricardo Bedia Roqueñí y el de Loredo José Miguel de la Riva Rodríguez -Chemi-, los santanderinos José María Ordás Merino y Felipe Nieto Blanco y los mataporqueros Tomás Rodríguez Fernández y Javier López Linage. Y otros más que la memoria confunde por ese intervalo de dos años.

## **El Teatro “*La Rueda*” y Moisés Pérez Coterillo**

Uno de los pioneros de este montaje, junto con el del Teatro “*La Rueda*” fue el menicense Moisés Pérez Coterillo -también del 3º curso-, siendo el paramento y los decorados de ambas actividades responsabilidad del menés Vicente García de Juan, una de sus almas por lo que corresponde a su versatilidad, definida en la articulación estética, la utilización de la voz, del movimiento y de la idea para imaginar los personajes y hacer un relato creíble de la narración, en la que ambos se complementaban, formando un tándem en el que primaba la ilusión y la vocación por esta actividad.

El arte casi inaudito y sensacional de Moisés para el teatro surgió de manera efectiva en La Magdalena. Y la articulación estética, con amplitud, de Vicente fluía por los decorados, la tramoya, la

iluminación. Vicente era todo inspiración. También en la lectura de los artículos de la *Revista hablada*. En los decorados, asimismo es inolvidable José Ramón Lisaso, un efectivo colaborador.

De manera escueta, veamos quien era Moisés Pérez Coterillo (Miengo, Cantabria, 1946 - Madrid, 1997). Era Moisés un enamorado del teatro y del periodismo. La primera vocación -el teatro- le surge en La Magdalena, en el curso académico 1966-67. Es la "madre nutricia" del *Teatro "La Rueda"*, que va a perdurar dos años más en el Paraninfo de nuestra residencia y aún dos más bajo nuestra responsabilidad en el Salón de Actos de la calle Rualasal, 5 de Santander; y, sin embargo, mi curso no coincidió con Moisés ningún año; cuando él parte hacia Madrid, nosotros llegábamos a La Magdalena.

Es lo que parece ser, para Moisés, el culmen de la vida y de la belleza. Y a pesar de su amor por el teatro y de su vitalismo, su segunda vocación fue el periodismo, el basamento para su teatro. Llegó a ser director del Centro de Documentación Teatral, dependiente del Ministerio de Cultura, fundador y director de las revistas *Pipirijaina* y *El Público*, referentes en España en la mitad de los años setenta de la historia del teatro. Fue periodista y crítico, y autor de diversas publicaciones; luchó por elevar el teatro español a niveles europeos, por la seriedad y el rigor en las relaciones con los demás; y no reparó ni un ápice en poner a quien fuese menester en el lugar apropiado, fuese este nombrado, renombrado o desconocido.

Ejemplo de ello es la carta "Arrabal miente"<sup>4</sup> publicada en *El País*, en contestación a los lamentos de Fernando Arrabal por verse injustamente tratado por Moisés y tergiversar a sabiendas la realidad. Este va desgranando, con argumentos, todo el tratamiento que han tenido sus obras: en diez ocasiones publicaron reportajes sobre sus estrenos dentro y fuera de España; y en el *Anuario Teatral* -en las tres ediciones habidas- se reseñan once producciones suyas en España; además, el trato recibido por el melillense residente en París Fernando Arrabal en el *Inventario iberoamericano, escenarios de dos mundos* es el mismo que el de Antonio Buero Vallejo o de Alfonso Sastre.

*Pipirijaina* publicó obras de Jerónimo López Mozo, Joan Brossa, Alfonso Sastre, Fernando Arrabal, Darío Fo, Ángel García Pintado y de muchos otros. La revista era fundamental, al recoger los debates más capitales en el cambio de la dictadura a la democracia.

Pero ¿por qué viene a cuento esta revista, que es posterior al período de La Magdalena? Sencillamente, porque sus contenidos definían las preocupaciones y las inquietudes que había tenido desde su juventud Moisés Pérez Coterillo, quien siempre soñó con el teatro.

Moisés comprendió, desde el tiempo de La Magdalena, que los recuerdos son flojos y tenues, tanto en el escenario o entre bambalinas como en la propia vida, pero también que el lenguaje, la expresión, la idea, la imaginación, la imagen y la reflexión, junto al juicio y al análisis, son los alimentos exclusivos que los equilibran, robustecen y rejuvenecen. En La Magdalena heredamos la

---

<sup>4</sup> *El País*, 20 de julio de 1989. [en línea] [https://elpais.com/diario/1989/07/20/opinion/616888808\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1989/07/20/opinion/616888808_850215.html) [consulta: 29 septiembre 2021]

curiosidad metódica en todo lo que hacíamos; un bien, legado de nuestros directores y profesores; y también del propio grupo, por simple observación.

Y, cuando alguien tenía -como Moisés y sus compañeros de curso- reconocidos el prestigio y la autoridad por su jaez o por su capacidad, era fácil a los demás aprender de su criterio. Y el ambiente de la residencia era de total renovación y cambio, una isla -como decíamos al principio- de pensamiento y alegato a favor del ingenio y del arte. Moisés, desde su entrada en La Magdalena, siempre mantuvo en este sentido una trayectoria calificable de flexible, de respeto a las opiniones ajenas y agradable.

Dejó huérfanas muchas cosas, muchos puentes, por ejemplo, con Hispanoamérica; intensas y panorámicas reuniones con expertos; y muestras, como el Festival Iberoamericano de Teatro de Cádiz -FIT-, del que fue su mentor; y un desvelo constante por el recuerdo y la verdad. Eran unas condiciones innatas, susceptibles -como él lo demostró- de encontrar su yacimiento latente de la escena y de la representación desde La Magdalena que más tarde lo desarrolló mediante unos colosales y extraordinarios aciertos.

En La Magdalena, toda nuestra presencia -y actividades públicas- podría decirse que era “entre bastidores”, bastante lejana a la idea que la concurrencia pudiera ver en nuestras circunstancias y contexto. Al final, se montaron creaciones de Beckett, de Mrozeck y de García Lorca.

Moisés dejó una provechosa e inestimable herencia cultural, no solo en el teatro hispanoamericano y español sino en sus compañeros. No así en sus paisanos, que le han relegado a un inaceptable olvido. Entonces, antes de ir a Madrid a licenciarse y a seguir desarrollando algo que ya era su profesión, deja en Santander todo acaldado. Madrid va a ser su atalaya, y desde esa posición él sabe que va a apreciar algo mejor la verdad de la dramaturgia, para la que ya está perfectamente preparado.

El menicense le había ido encomendando habitualmente el papel de protagonista a Vicente García de Juan en las obras que se representaban; ni que decir tiene que continuamente en las del teatro leído. Y en cuanto al cine, una de las principales inclinaciones de Vicente -junto con la música, la pintura y las lenguas vivas que mantiene todavía-, Paco Pérez le encargó dirigir el fórum de alguna película que se proyectó. Debo hacer mención asimismo a Antonio Moreno León, con el que hicimos en Villa Marcelina, en el Paseo Menéndez Pelayo, 61, teatro leído con *Tartufo o el impostor*, que Molière escribió con versos alejandrinos.

Todos nos hicimos voluntariamente actores. Nos gustaba. Y, por descontado, las obras escogidas. Representamos, entre muchas más, las más comprometidas y actuales en aquel momento. Con una organización impecable, la publicidad la hacíamos calle a calle, fijándola en las paredes del centro de Santander con pasquines:

*La camisa* (1962), de Lauro Olmo, que refleja la crucial situación social de aquella España de los cincuenta y sesenta mediante el relato del pequeño universo en el que una familia humilde de inmigrantes en Madrid se hacina en su chabola. A pesar de la camisa nueva de Juan -el marido-, este no logra un trabajo, por lo que surge el planteamiento de Lola, su mujer, de seguir migrando

a cualquier otro lugar con mejores salidas. La obra aborda la exclusión social, el alcoholismo y el paro. ¿Han cambiado los tiempos?

*El tintero* (1961), de Carlos Muñoz. La angustia vital y las inquietudes de Crock, que lucha para imponer cósmicamente la justicia ante las fuerzas malignas incorregibles. ¿Por quiénes están representadas? Evidentemente, por los superiores de Crock en su oficina. ¿Qué nos dice la obra? Que hay que rebelarse contra la actitud corderina de cualquiera época, a pesar de los esfuerzos y el poder de los pocos que han avisado y han señalado el camino.

*La pereza (La fiaca)* (1967), de Ricardo Talesnik. La vida monótona de Néstor Vignale, su vida triste al lado de Marta, su mujer, y de su absorbente y dominante madre, hace que el protagonista decida, por pereza, que no va a volver al trabajo ni hacer nada en casa, es decir, quiere ser diferente. Por fin, va a ser libre siendo un vago, sin tarea alguna, y con la pretensión de no ser como los demás. El juego y la diversión van a ser su programa. Este fenómeno tan insólito va a hacer que la televisión contribuya también a la divulgación de lo que primero era un rumor y más tarde se convirtió en noticia. En definitiva, la cordura hace mella en él y llega al desenlace de que el instinto de supervivencia no le va a facilitar para nada seguir eternamente con esta absurda postura.

*Esperando a Godot* (1952), de Samuel Beckett. Seguramente, la creación más considerable y esencial del llamado teatro del absurdo. De modo significativo, los asistentes a la obra nunca alcanzan a percibir quién es el protagonista. Al menos aparentemente, su nombre está en el título, Godot; qué historia se traen entre manos quienes lo esperan... En todos y cada uno de los actos de la representación, se anuncia como una soflama y ciertamente una perorata de que “hoy Godot no va a venir, pero mañana seguro que sí”. Es una urdimbre deliberadamente sin ninguna escena destacada y en extremo reiterativa, pero que encarna la desgana y el déficit de alcance de nuestra vida humana. Es el tema repetido del puro existencialismo. Otra cosa es la destreza directa de nuestra existencia individual. Es el experimentalismo que Samuel Beckett supo llevar al mundo literario en el siglo pasado.

*Escuadra hacia la muerte* (1953), de Alfonso Sastre. Estamos en una imaginaria Tercera Guerra Mundial. Los cinco soldados de un escuadrón, faltos de alma castrense, se quitan de en medio a Gobán, el cabo que les dirigía. Percibían que era un atasco y una dificultad para su dura existencia.

Además, en ocasiones señaladas, un grupo de nosotros escribía el guion de una *performance*, que hacía reflexionar y comprometía al espectador y a nosotros mismos. Y nadie se quedaba sin actuar. Aunque, como siempre, había una coherencia muy directa con el público. Muy pocas veces dimos pasto a la improvisación en los papeles. Llevábamos también a las tablas las piezas únicas de autor que ya habíamos estrenado en el Paraninfo. Y los espectadores eran también muy allegados, pues Reinosa, por ejemplo, no dejaba de ser una plaza muy hermanada con nosotros, a la que viajábamos en tren y nos quedábamos a dormir en las casas de los amigos. Eran los regalos de la Navidad, tiempo en que más podían arreciar las contradicciones de desigualdad y de injusticias humanas.

## El Cinefórum "La Rueda"

Finalmente, una actividad que no pasaba desapercibida, ya que no eran tiempos para que proliferase en parte alguna, era la del cinefórum. Inexorablemente, cada sábado por la tarde y sin solaparse con el *Teatro* ni la *Revista hablada*, se proyectaba una película de vanguardia o de cine de autor. Nos reuníamos para comentarla después de ver su proyección. Quizás, esta actividad era la más complicada por el trabajo que llevaba su preparación.

Aún veo a los incansables compañeros que se fajaban los sábados a primera hora de la tarde yendo a la estación de tren para recoger los enormes y pesados rollos de las películas, mientras otros se quedaban limpiando el proyector. Dos décadas más tarde de aquella experiencia, la película *Cinema Paradiso* me devolvió los recuerdos del Cinefórum "La Rueda". Aquel mundo mágico de la sala de proyección que presenciamos por primera vez, los dramas que solo estaban, quizás, en las butacas y no en el pequeño habitáculo, suponen aún hoy en día una representación romántica y afectiva de aquel tiempo pasado y una demostración del amor que teníamos al cine.

El trabajo y la artesanía del montaje eran silentes, muy precisos; y si la película estaba muy deteriorada, momentáneamente tediosos. Muchas veces, más de las soportables. Todo consistía en volver a empezar, en reanudar la revisión de cada fotograma con la esperanza de no tener que realizar nuevos empalmes.

Y, sin embargo, veíamos y aprendíamos cine, y comentábamos películas y a sus directores. Quizás la primera película que presentó el Cinefórum "La Rueda" fue *El muchacho de los cabellos verdes* (1948), de Josep Losey. Es una historia antirracista, al mismo tiempo que un alegato pacifista, una alegoría sobre un muchacho huérfano de guerra condenado al aislamiento cuando su pelo misteriosamente se vuelve verde.

Disfrutamos, entre otros, con los ciclos de Luis Buñuel -*Un perro andaluz* (1929), *Viridiana* (1961) y *Los olvidados* (1950)-, de Luis García Berlanga y Juan Antonio Bardem -*Esa pareja feliz* (1951) y *Bienvenido, Mr. Marshall* (1952), de Berlanga en solitario -*Novio a la vista* (1953)-, de Orson Welles -*Ciudadano Kane* (1941), *El Cuarto Mandamiento* (1942) y *El Extraño* (1946)-, de François Truffaut -*Los 400 golpes* (1959), *Disparen sobre el pianista* (1960) y *Jules y Jim* (1962)-, de Ingmar Bergman -*Kris* (1945), *Llueve sobre nuestro amor* (1946) y *Mujer sin rostro* (1947)-, de John Ford -*Just Pals*, *Solo amigos* (1920), *Cameo Kirby, Sota, caballo y rey* (1923) y *The Iron Horse*, *El caballo de hierro* (1924) y de Henry Hataway -*Heritage of the Desert*, *El legado de la estepa* (1932), *The Thundering Herd*, *La hora maldita* (1933) y *Now and Forever*, *Ahora y siempre* (1934)-.

Miguel García García fue el primer director del Cinefórum "La Rueda" y José María Ordás Merino y Ezequiel Fernández Gutiérrez formaron parte de su equipo. En la medida en que los alumnos pasábamos de curso y finalizábamos los estudios y la formación en *La Magdalena*, los responsables de cada actividad pasaban el testigo a los que permanecían allí. Los equipos se iban reemplazando, sucediendo. De esta manera, Hilario Castresana Estrada dirige al final el Cinefórum, integrando su equipo Manuel Machón Sáez y Javier Iglesias González. Debemos reconocer el trabajo de todos ellos.

Se encargaban de realizar los programas a ciclostil, con una breve sinopsis de todo lo fundamental de cada película. Eran un equipo. Llamaban a las empresas distribuidoras de Bilbao, Madrid o Barcelona, recogían las películas, trabajaban el montaje, cobraban las entradas, llevaban las cuentas. El local era la sala de cine de Rualasal, 5.

## Agradecimientos

Muchas han sido las personas que han contribuido a que estas líneas hayan salido adelante, y cada una en un campo diferente. Nombro a unos cuantos, los que más se han enganchado a este proyecto, a este pensamiento de hace cincuenta y cinco años, a estas ideas que formaron y siguen formando una buena parte de la cimentación de lo que somos y que seguimos agradeciendo a nuestros educadores, a nuestros profesores y a nuestro obispo Vicente Puchol Montis.

Pero, como hemos ido avisando en todo el relato, este trayecto no deja de ser un borrador, y sabemos lo que significa un boceto, lo que representa un deseo, o un esquema. En cualquier caso, algo abierto, incluyente, nada cerrado o excluyente. Mi objetivo fundamental ha sido, sinceramente, traer a la memoria aquellos años, que sirvan para algo a quien lo lea, y como herramienta -para quienes estuvimos y quieran- de uso y disfrute actual de aquel tiempo tan próspero.

En educación, es socorrida la pregunta “¿volverías a repetir... un hecho, una experiencia, etc.?” para ver cómo nos han ido tales destrezas, cuales estudios y años de formación. Verdadera y personalmente, yo volvería a pedir (repetir) aquellos años tan densos en La Magdalena para disfrutar esa experiencia de nuevo.

Debo hacer, otra vez, una aclaración. La Magdalena no es solo un sitio, un lugar, una residencia. Es un espíritu y un ambiente, un tiempo y sentimiento recordados intensamente que, en nuestro caso, una vez nos trasladamos desde ese lugar a otros de Santander, conseguimos mantener en ellos la misma filosofía, la Filosofía en La Magdalena<sup>5</sup>. Si pensaron en algún momento los máximos responsables de la férrea censura franquista en aquellos años, como el numerario del Opus Dei Florentino Pérez Embid, rector de 1968 a 1974 de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo -y sus mensajeros de acá, que le nublaron aún más el sentido- que ordenando por necesidades del servicio que nos fuéramos de La Magdalena -por necesidades políticas también- iban a acabar con esa filosofía, se equivocaron. No pudieron entrever que las ideas nunca descansan y que iban a seguir vigentes en Villa Marcelina, en la calle Menéndez Pelayo, 61, y en la calle Rualasal, 5, prosiguiendo aquel estadio cultural y artístico gigantesco y curiosamente “magdaleniense”. Y, sobre todo, vigentes en nuestros corazones, en nuestra ideología y en nuestro vivir.

---

<sup>5</sup> Concretamente, como ya he citado en este escrito, “la experiencia de La Filosofía en La Magdalena fue el lugar y el sentimiento cuya relevancia nos permitió aceptar y editar los recuerdos e ideas que nos importaban y podían interesar a nuestra sociedad más inmediata, nuestro espacio de actividad.”

El afecto y aprecio por aquellos años de los pioneros, que naturalmente fueron los primeros en salir de aquella residencia, se enciende cuando, volviendo la vista atrás, se les nombra La Magdalena, después de haber pasado tanto tiempo:

"Fue una época que recuerdo con mucho cariño. Aquello no podía resistir, pero tampoco podía parar. Iba todo muy rápido." (Felipe Nieto Blanco)

"Estamos encantados y orgullosos del descubrimiento que tuvimos con aquellos educadores y profesores, de la suerte que tuvimos con ellos y que hicieran grandes aquellos años que vivimos juntos." (Juan Francisco López López -Pancho-)

"Espero que nos alumbréis con tus recuerdos y acertados comentarios sobre unos años muy fértiles para muchos jóvenes dispuestos a mejorar su pequeño mundo." (Hilario Castresana Estrada) - A Hilario Castresana le agradecemos parte de las páginas del epígrafe *El Cinefórum "La Rueda"*. Asimismo, su relación de alumnos de años anteriores ha sido imprescindible. De igual manera, agradezco a Nicolás Céspedes Ruiz y a Felipe Nieto Blanco su contribución para haber podido elaborar la lista de los estudiantes-.

"Aquellos años fueron un hito, una época de orientación hacia el futuro." (Miguel Ángel García de Juan) Del mismo modo que con la de Miguel Ángel, he contado con la inestimable ayuda, memoria e información de su hermano Vicente. Dos estudiosos que gozan de una memoria envidiable de la que todos nos seguimos beneficiando sorprendentemente. Sin su concurso -no es elogio, sino realidad, una verdad-, no hubiésemos podido escribir todas estas páginas. No sin su aliento, su impulso vital.

Para todos, vaya mi sincero agradecimiento y, también, mis disculpas si hago algún agravio comparativo. No es mi estilo ni podría venir a cuento. Todos sabéis que lo importante era resaltar el espíritu de La Magdalena y el alcance que tuvieron de progreso, estudio y filosofía nuestros profesores, responsables y el propio Vicente Puchol Montis en el breve tiempo que estuvimos juntos, otra manera de saber vivir, construir y comprender nuestro tiempo y a nosotros mismos.

"¿Para cuándo un escrito de interés general y original? *Cabás* te espera." (Juan González Ruiz, antiguo inspector jefe de la Dirección Provincial de Educación de Cantabria). Verdaderamente, Juan ha sido la materia prima, el principio potencial aristotélico que ha hecho que esto tenga forma sustancial y, por lo tanto, cuerpo. Él me animó e impulsó a que lo publicase. Le agradezco su confianza en mí, así como a los responsables de la revista *Cabás*, que me han posibilitado la difusión de estas líneas; haciendo mención especial a José Antonio González de la Torre, por su ayuda en la búsqueda de las fotografías que las acompañan.

"Pienso que otros años, edades, épocas, siendo maravillosos, se recuerdan, pero creo que son irrepetibles y únicos. Se llevan en el corazón, reviven, y ya no se pueden desgastar, porque son íntimos y fantásticos." (José Antonio Ricondo Torre)

Gracias a todos y a los que no están. A todos por sus sueños, su recuerdo y su presencia que nunca se olvida. A todos, por vuestra entrega, con la que desde el primer momento os ofrecisteis a colaborar, siempre con gentileza y de una manera espléndida; por vuestra cercanía y por la bondad

vuestra que tanto ha soportado para ser hilvanadas estas palabras e ideas. Y por vuestro afecto y vuestra voluntad debida. A todos os va mi especial cariño y simpatía. Ha sido bonito y todo un placer. Hasta siempre.

## Bibliografía

-*All Things Considered*, NPR, 14 de febrero de 2002.

-*Desmemoriados: memoria colectiva de Cantabria* (2020), “Vicente Puchol y la diócesis de Santander. Algunos ecos del Vaticano II en la Iglesia española (1ª parte)” [en línea]. <https://desmemoriados.org/vicente-puchol-y-la-diocesis-de-santander-algunos-ecos-del-vaticano-ii-en-la-iglesia-espanola-1a-parte/> [consulta: 6 octubre 2021]

-Díez Llama, S. (1971). *La Situación Socio-Religiosa de Santander y el Obispo Sánchez de Castro (1884-1920)*. Santander: Institución Cultural de Cantabria / Diputación Provincial de Santander.

-*El País* (1989), “Arrabal miente”. Madrid, 20 de julio de 1989.

-*La Vanguardia* (2017), “El Concilio Vaticano II”. Barcelona, 8 de agosto de 2017.

-Pérez Gutiérrez, F. (1968). Homilía extractada del artículo "En torno a un crucifijo". *Revista El Ciervo*, vol. 17, núm. 169, 1968, págs. 10-11.

-Puchol Montis, V. (1967), “Homilía pronunciada por el Señor Obispo de Santander en la misa vespertina de la Cena del señor. Jueves Santo 1967”. Santander: Imprenta Bedia. Recogido en el artículo citado de *Desmemoriados: memoria colectiva de Cantabria* (2020), “Vicente Puchol y la diócesis de Santander. Algunos ecos del Vaticano II en la Iglesia española (1ª parte)”.

